

«El último tamborilero de Erraondo»: la aculturalización psicológica y física de Navarra

JOSÉ JAVIER LÓPEZ ANTÓN *

I. INTRODUCCIÓN

Arturo Campi3n culmina el 5 de enero de 1917 una peque1a obra literaria titulada *El 3ltimo tamborilero de Erraondo*¹. Se trata de una meditada reflexi3n, nutrida a su vez en una profunda filosofa tradicional sobre el pueblo vasco. En esta composici3n se enraiza est3ticamente en la defensa de las formas de vida ancestrales ya periclitadas que cristalizan los ejes de la propia identidad navarra. Campi3n entiende que si el pueblo vasco desea adentrarse en las sendas de su futuro, ha de volver a sus raices. Y en el arca de la tradici3n, ha de encontrar toda la ilusi3n de su porvenir.

Una narraci3n que describe en forma l3rica y espiritualizante el proceso castellanizador de la vida rural navarra que en el per3odo decimon3nico ha

* Doctor en Historia.

1. «El 3ltimo tamborilero de Erraondo», *Euskariana (Sexta Serie) Fantasia y Realidad (Volumen Segundo)*, Imprenta de Garc3a, Pamplona 1918, pp. 145-147. Fechada en Iru1a a 5 de enero de 1917 y dedicada al Padre Zulaica y Aguirre, Juan Antonio de Donostia, O. M. C.

Otras ediciones en Arturo CAMPI3N, *Narraciones baskas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1923, pp. 193-207; *Narraciones Baskas*, Be1at Idaztiak, Donostia, 1934, pp. 125-139; *Obras Completas*, Mintzoa, Pamplona, 1983-1985, II, pp. 79-89. Versioneada al euskera con el t3tulo «Erraondoko Azken Ttuntuneroa» en Yon Etxaide Itharte, *Arturo Kanpionen bost euskal-narrazio*, Erein, Donostia 1993, pp. 187-206.

sido espectacular. La trama se nucleariza en torno a la figura del pastor navarro Pedro Fermín Izko. Tras décadas de trabajo en la finca «Los Papagayos», sita en las pampas argentinas, en un ambiente netamente euskaldun, el anciano «artzaia»² decide regresar a su tierra natal. Abandona la ocupación que le había destinado al servicio de Araluce y Compañía, encaminándose a Navarra. Erraondo le espera para morir en la paz de su familia y hogar tras media centuria de ausencia. Al abandonar Pamplona, atisba extasiado las siluetas cónicas de las estribaciones de Elo, denominación vasca de Monreal, e Izaga. Pero al presentarse en Mendinueta, no reconoce la vieja estampa del paisaje. Todo se ha transformado. Y Erraondo se le antoja extraño y deprimente. Con el txistu que porta a sus espaldas, empieza a tocar una suave pieza, el «inguruko». Sólo percibe la hostilidad ambiental. Las gentes, la vestimenta, el idioma. Todo ha sufrido una repentina mudanza. El castellano se ha apoderado del alma del municipio. Sólo le queda una sobrina lejana. Retornará a tierras americanas, no sin detenerse en Mendinueta. A la sombra de un roble solitario, permite que se emancipen las últimas notas de su txistu. Es la última salutación a un valle que ha sido desnavarrizado. De esta obra, convienen destacarse tres aspectos:

La denuncia de la despersonalización de la entidad navarra.

La constatación de la ecuación paisaje montañés/perpetuación de la lengua vasca. Un determinismo intelectual perenne siempre en el escritor.

Abstracción, por vez primera consignada en Campi3n, de la territorialidad a la hora de la posible formación de una sociedad vasquista en toda la pluralidad de manifestaciones de la vida cotidiana.

II. LA DIFUMINACIÓN DEL ACERVO AUTÓCTONO EN LA ZONA MEDIA

Que Campi3n se ha inspirado en la más cruda realidad, es una certeza innegable. Erraondo puede ser un pueblo ficticio o un antiguo topónimo que, sin obstaculizar la denuncia real del proceso, trate de no señalar un caso concreto, tamizándolo bajo un nombre alegórico, debido a las consecuencias negativas que de incidir en un ejemplo específico se podrían dimanar.

Por la dirección que el autor hace tomar a Pedro Fermín, por las sendas de Izaga y Monreal, ese Erraondo parece situarlo Campi3n entre los valles prepirenaicos de la Merindad de Sangüesa. Localidad que nos ha surgido en otras páginas de Campi3n. En su novela *D. García Almorabid* el bandido Lope Ochoa se encara al rico-hombre recordándole alguno de sus actos justicieros:

Por un asno sarnoso que robé a un villano de Rahondo, me hicisteis enforcar en Val-de-Unziti³.

2. Sobre la mentalidad y vida del pastor vasco ver Sandra OTT, *The circle of mountains. A basque shepherding community*, Clarendon Press, Oxford, 1981, centrado en la comuna zuberotarra del valle de Santa Grazi.

3. *D. García Almorabid. Crónica del Siglo XIII*, Casa Editorial de Eusebio López, Tolosa, 1885, p. 35.

El valle de Unciti se halla conformado en la actualidad por los municipios de Alzórriz, Artaiz, Cemboráin, Najurieta, Unciti, Zabalceta y Zoroquiáin. Altadill es quien nos da la clave: «En su término existieron los desdoblados de Amoain y Errondo»⁴.

Campión ha escogido un desolado medieval donde situar una realidad demasiado áspera para individualizarla. La geografía coincide con la descripción literaria de la marcha del pastor navarro, en su caminar pausado, vigilado por los baluartes rocosos de la Higa de Monreal y Peña Izaga. El valle de Unciti se halla rodeado de los valles de Aranguren, Elorz, Ibargoiti, Izagaondoa y Lizoáin. En plenas cuentas proto-pirenaicas de la Navarra media oriental. Territorio que, en verdad, sufrió una fuerte desvasquización en el período decimonónico.

Cuando Pedro Fermín Izko arriba a Erraondo, la impresión que se le ofrece a priori es desfavorable. Tres nogales que ejercían de «trono y dosel de alcaldes» han sido talados. Para el autor se trata de la erradicación alegórica del patriarcalismo democrático secular. Una muchacha atraviesa la calle. Su tocado y prendas han sufrido una acentuada transformación.

Le extrañó el vestido negro, la pañoleta del mismo color anudada debajo de la barbilla, las sayas largas y estrechas. Viniéronle a la memoria las tocas chillonas, las trenzas colgantes, las amplias mangas de lienzo casero, pero blanquísimo, el justillo gris, el pañolón de colorines sobre el pecho, el refajo rojo, a media pierna, de las mozas de antaño⁵.

Al ejecutar el «inguruko» que se había prometido nada más llegar a la aldea natal, la burla y el asombro de sus moradores le recibe, aumentando su ya amargo sentimiento de desazón:

Pronto observó que todos hablaban el castellano; pero no el meloso, suave y musical de América, acariciador de oídos con dejos y estelas cariñosas, sino un castellano duro, rajante, contraído, modulado con asperezas de carretero⁶.

En la vibrante «escena de la jota», Campión ha vertido toda la amargura condensada desde el nacimiento de la «Asociación Euskara» en 1878, en un combate titánico por vencer de los efectos desvasquizadores, que imprimen una análoga despersonalización en el alma navarra.

Ya apuntaba Campión que la música moldea en su cuna el ser e identidad de los pueblos. La jota traída de Zaragoza por los voluntarios navarros de la guerra de la Independencia, forjadora en el esquema campioniano del españolismo afectivo y el unitarismo castellanizador continuado por el liberalismo, sustituye a las viejas canciones vascas. Un fenómeno señalado por Campión y en el que inciden folkloristas reconocidos⁷. Un tema que también

4 Julio ALTADILL Y TORRONTERA DE SANCHO, *Geografía General del País Vasco-Navarro. Navarra. Tomo Segundo*, Imprenta Carreras y Candi, Barcelona, s. a., p. 481.

5. «El último tamborilero de Erraondo», *Euskariana (Sexta Serie) Fantasía y Realidad (Volumen Segundo)*, pp. 152-153.

6. «El último tamborilero de Erraondo», *Euskariana (Sexta Serie)* p. 153.

7. Francisco ARRARÁS SOTO, «Danzas de Navarra», *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, Pamplona, III, 1971, pp. 203-204 (171-219), cree que a pesar de los vestigios anteriores, la jota sólo se puede dar por introducida en la Ribera, como expresión musical reconocida, en torno a las fechas de 1867-1870.

ha sido objeto de visceralismos, que nunca terminan de ausentarse de la cultura tradicional⁸.

Esta página de su recreación literaria delimita el símbolo de la transformación mental y cultural de Navarra. Adquiere una fuerte impronta para conocer la visión campioniana de la identidad de Navarra:

Un mozo muy moreno fijó descaradamente la mirada de sus ojos claros en el rostro afligido de Pedro Martín

- La borrachera, o qué, t'a dau por chiflar, agüelo? - preguntó, riéndose con malicia.

Pedro Fermín comenzó a declarar en baskuenze sus propósitos.

- Nosotros no semos montañeses, rejones! Guárdate tu vascuenz pa los d'arriba! - dijo el mozo, interrumpiéndole y señalando con el dedo las montañas del norte.

- Pues, qué sois pues? - replicó Pedro Martín, - gauchos, negros, o? Yo, aquí nasciro, aquí, montañés de baskuenze, montañés de montaña. Me vengo d'América; mi primer pensamiento, vosotros por hacer bailar tamboril ha tocarlo.

- De veras, agüelo, eres de Raondo? A mí nadie me mete la patata! De Raondo, y bailar de esa traza? con el chubulit de los capadores? Cenón trai ad'aquí la vigüela! Aura vera el agüelico nuestro baile. Si de veras es del pueblo, uy endemas americano, hay que obsequiale. Ala, ala! venidsus adaquí, saladas; tú, Lorenza, Leocadia, Rosa...toas! Leña! güena jota; arre!

La misma canción coadyuva estéticamente a la denuncia de la suplantación cultural del alma navarra.

Ay qué burro soy, qué burro soy,

Se me fríe el alma!

Ay qué burro soy, qué burro soy,

Abrime la cuadraa!

Ay qué burro soy, qué burro soy,

Del suelo la pajaa,

Ay qué burro soy, qué burro soy,

Será nuestra cama!

La postración de Pedro Fermín va a ser definitiva, añorando una cultura que desapareció:

Las fiestas domingueras de antaño se le pintaban en la memoria con sus más nimios pormenores. Los cuerpos, las cosas, los tipos, la complexión de la gente, no habían variado; los modales, los gestos, el tono de la voz, el idioma, los trajes, sí.

Pedro Fermín no acierta a comprender las razones de la brusca ruptura del acervo tradicional⁹. Una deformación producida por el desconocimiento de la propia identidad:

De cuanto le oyeron al "agüelo" los mozos, lo que más les maravilló es que el nombre de la casa de los Izkos, o casa de Mandazáin, que ellos pronunciaban de con-

8. Carlos SÁNCHEZ EQUIZA, «Dos polémicas sobre música tradicional en la Navarra de principios de siglo», pp. 114-115, en *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, Año XXI, número 53, enero-junio 1989, pp. 109-124, relata el proyecto jaimista de configurar en 1923 una banda municipal de txistularis. La ponencia del teniente de alcalde Martín Echarren de 15 de junio de 1923 provocará el comentario de «Diario de Navarra», para el cual los txistularis son los chunchuneros en «castellano y castizo navarrismo». Su director, Raimundo García, «Garcilaso» es de la opinión que Pamplona es «El Pueblo de la Jota», opuesto a todo «bizkaitarrismo», p. 115. Ignacio Baleztena replica en «El Pensamiento Navarro», recordando que el txistu es el instrumento vernáculo de Navarra. Aunque conservado en su habitat vascofono más ancestral, su moción tendría lógica en Peralta u otras tierras navarras. En el artículo, de 21 de junio de 1923, «Premín de Iruña», recuerda el cambio de criterio de los integristas y redactores del «Diario» liderados por «Garcilaso», pp. 116-117. La mayoría carlo-naparrarra lograría ver aprobada su moción el 22 de junio de 1923.

9. *El último tamborilero de Erraondo*, pp. 154-155.

tinuo, fuese baskongado. De esta manera aprendieron un vocablo de aquel guirigay que hablaron en su tiempo, según contaban ellos mismos, los dos o tres "agüelicos" ochentones de la aldea¹⁰.

Erradicación de una civilización que es constatada por Julio Caro Baroja, quien ha leído la obra de Campián en *Narraciones Baskas*, recapitulación de 1923. El sabio de Itzea se interroga por esa mudanza mental y psicológica, relacionada con la difuminación lingüística del vascuence ante una pujante castellanización, señala, que no se asienta en estadios culturales pretéritos. La lengua castellana no es tan similar al romance navarro¹¹. Caro Baroja afirma la probabilidad de las diferencias existentes, sigo sus propias expresiones, entre el vascófono natural y sencillo con el jactancioso navarro iberizado. Aduce los testimonios decimonónicos procedentes de los cronistas carlistas Zaratiegui, Henningsen y Lichnowsky. Todos ellos combatientes en la primera contienda carlista de 1833-1840¹². En efecto, el testimonio del príncipe prusiano es concluyente. Al trasladarse con la corte de don Carlos desde Azcoitia a Estella, antes de iniciarse la «Expedición Real» de 1837, el príncipe Lichnowsky percibe la desintonía entre el medio euskaldun guipuzcoano y el nuevo ámbito cultural, incidiendo en la escasa urbanidad de la antaño corte de los Teobaldos, en su «extremada suciedad, comparada con la pulcritud holandesa de las casas vascas»¹³. Antagonismos que vislumbra en el alimento o el carácter diametral de los vascongados, definidos por el militar prusiano con las elogiosas notas de urbanidad, aristocracia y dignidad republicana, en comparación con los rudos navarros, peyorativamente caracterizados por su altanería. No le va a la zaga el testimonio del secretario de Zumalacárregui. Recordemos la dicotomía tantas veces observada en Campián entre montaña y ribera:

Las tres provincias vascongadas compañeras en la lucha de que vamos a hablar, se diferencian muy poco de la Navarra en cuanto a las costumbres; diremos más, la exceden en bondad y sencillez; sin ser unos mismos, hay también grande semejanza en sus leyes o Fueros¹⁴.

10. *El último tamborilero de Erraondo*, p. 155.

11. «Por los alrededores campesinos de una ciudad (Pamplona)», p. 189, nota 11 en Julio CARO BAROJA, *Estudios Vascos*, Txertoa, San Sebastián, 1973, pp. 1485-224. Rectifica así el juicio realizado en *Los Vascos*, Ediciones Istmo, Madrid, 1971, 3 edición, p. 219, nota 6, en que define la obra como arquetipo de las narraciones llorosas y sentimentales que versan sobre la desaparición del euskera en la Navarra media o la desaparición de los señoríos como en «Los últimos» de Joaquín ARGAMASILLA DE LA CERDA Y BAYONA, *De Tierras Altas. Bocetos de paisajes y novelas*, Imprenta de Antonio Marzo, Madrid, 1907, n.º 205-306.

12. Julio CARO BAROJA, *op. cit.*, pp. 189-190, notas 12 y 13.

13. Príncipe Félix LICHNOWSKY, *Recuerdos de la Guerra Carlista (1837-1839)*, Espasa-Calpe, Madrid, 1942, pp. 77 y 78 respectivamente. La razón la cree oscultar en la influencia de sus vecinos aragoneses, «el pueblo menos educados de la Península», p. 78, aún reconociendo que se separaron de ellos hace seiscientos años, a la muerte de Alfonso el Batallador.

14. Juan Antonio ZARATIEGUI, *Vida y hechos de Don Tomás de Zumalacárregui*, Imprenta de José de Rebolledo y Compañía, Madrid, 1845, p. XVII.

El olitense, posterior director de la Guardia Civil con los regímenes liberales, anotaría, p. XVIII, respecto de la lengua vasca: (...) «es el mejor monumento, a nuestro modo de ver, para probar al mundo el valor con que defendieron siempre su independencia los naturales de estas montañas».

Dembowski, por su parte, insiste en los mismos términos que Lichnowsky. Al iniciar su andadura por tierras navarras en la Burunda, la comarca se le antoja sombría y rústica. Percibe desconfianza en los rostros e intuye una mirada «feroz y agria», en los cuales no se refleja la sana alegría de los valles guipuzcoanos adyacentes, lo que le propicia a recordar con añoranza bucólica la cortesía vascongada que cree erradicada en el reino pirenaico¹⁵.

III. DOS GÉNEROS MUSICALES, DOS CULTURAS ANTAGÓNICAS

En la música, modalidad venerada por este polígrafo singular, se diferencia entre la innovación vulgarizante y las modalidades tradicionales que se le antojan como garantes de la sabiduría arcana -el Volkgeist o espíritu del pueblo enunciado por la escuela nacionalista alemana- perpetuada a través de las generaciones en una Euskal Herria a la que confiere una dimensión milenarista y mitificadora.

La jota navarra coopera también a la tendencia asimiladora que empaña a la entidad tradicional navarra. Así lo consignó en 1909, en un sintetizado prólogo a la biografía de Sarasate efectuada por su colega Altadill:

(...) esa jotica de Dios que se nos metió en Navarra durante la guerra de la Independencia y está haciendo añicos nuestros ancestrales silbos y atabales, inspiradores de las danzas guerreras, varoniles y ceremoniosas¹⁶.

Dos aspectos precedentes vuelven a aparecer de nuevo. En primer lugar, el efecto psicológico castellanizador de los conflictos civiles, entendidos como factores de desnavarrización, agentes que extirpan la personalidad primitiva de Navarra. A este aspecto debe añadirse la clásica dialéctica entre montaña y ribera. La primera sabe mantener intactas sus costumbres gracias al círculo de sus montañas, mientras la dilatada ribera se abre a toda influencia cultural proveniente de Aragón o Castilla.

En el aspecto musical, en la jota se intuye un elemento nocivo a la cultura navarra. Surgida simultáneamente al unitarismo afectivo de la guerra de la Independencia, la nueva variante musical aclimatada en tierras navarras se convierte, asevera, en terrible aliada del nacionalismo español. En la mentalidad campioniana, la jota es sinónimo de castellanización, afectiva y psicológica, real, enfrentada al folklore vasco enseñoreado de Navarra. En contraposición, la cultura folklórica de Vasconia se relaciona con los pueblos de raíz cul-

15. Carlos DEMBOWSKI, *Dos años en España y Portugal durante la guerra civil 1833-1840*, Espasa-Calpe, Madrid, 1931, tomo II, pp. 243-244. Sin embargo, es el primero en hacerse cargo de la indómita valentía de los navarros. Escribe en el tomo I, p. 17, de su obra: «Los navarros son soldados indomables, y dudo se encuentre en Europa tropas ligeras que puedan comparárseles. Cuando la legión apareció por primera vez en Navarra, incorporaron a sus batallones tiradores únicamente encargados de apuntar a nuestros oficiales, y en un encuentro podíamos oír a sus jefes que gritaban sin cesar por entre las filas: ¡Muchachos, a las charreteras de la legión!». Sobre el mantenimiento de la guerra, va a hacer notar la desconfianza de los vasconavarros respecto de los españoles, *op. cit.*, tomo I, p. 18: «Es evidente que la lucha ya no se sostiene sino gracias a la admirable tenacidad que caracteriza a los navarros y a los vascongados, y a su odio innato a los españoles, que consideran como dominadores extranjeros».

16. Julio ALTADILL, *Memorias de Sarasate*, Imprenta de Aramendía y Onsalo, Pamplona, 1909, p. XIII. La carta prólogo de Arturo Campión está fechada en Iruña a 19 de mayo de 1909.

tural celta, principalmente el irlandés o el bretón, poseedores de estrechas analogías con la cultura vasca. Un aspecto importante que señala en 1920, en el prólogo de Campión a la obra de Francisco Gascue sobre la música vasca¹⁷. Afirma la existencia de un grupo musical vasco-celta que enlaza a la música euskalduna con la bretona, normanda, gaélica, flamenca y de la Isla de Man. La ausencia de documentación sobre la canción vasca medieval la cifra el escritor navarro en ser ésta inherente a «las clases humildes del pueblo». Las elites de Vasconia se verían influenciadas por otras corrientes culturales de procedencia europea, provenzales y francesas¹⁸. Es la clase popular, la campesina y artesanal, asevera el intelectual navarro, la que ejerce de auténtico núcleo cristizador de la raíz cultural, su personalidad y características primigenias. Para Campión, en expresión coincidente con Arana Goiri, las jerarquías rectoras se han erigido en vehículo propagador de actitudes contrarias a la esencia vasca.

Una música vernácula que no arriba a la magnificencia del folklore del País de Gales, Isla de Man y Bretaña. Pero su influencia sí llega al patrimonio cultural vasco. Las melodías baztanesas estudiadas por el Padre Donosti se deslizaron al enclave musical vizcaíno y guipuzcoano. A su vez esas canciones tenían su origen en la Vasconia continental, donde, concretamente en Laburdi, recogieron el influjo de las melodías bretonas¹⁹.

Campión en su análisis se presenta como una mezcla constante de academicismo y patriotismo. Es consciente de que las tesis de Gascue y las suyas propias dejan desbaratado el origen privativo de la música vasca, reduciendo su primigenia originalidad, y haciéndola depender de otro núcleo. Lo sabe, y quizás como navarro o vasco lo deplora, pero él es ante todo un defensor del carácter de verdad y objetividad que acompaña a su disciplina humanística. Siempre el sabio vence de su opinión o afición particular. No al revés. Y su actitud implacable, destructora, respecto del monoteísmo primitivo, da fe de ello. A sus posibles y ortodoxos recusadores, Campión les expresa que la verdad es homologable al mejor de los patriotismos²⁰.

IV. EL DETERMINISMO GEOGRÁFICO DE LA CULTURA VASCA

Ya en *El Genio de Navarra*, redactada entre 1884 y 1888, el historiador navarro patentizó la concepción micheletiana basada en el determinismo geográfico, que condensa las formas culturales específicas. Una concepción que hace suya Campión. La montaña protege la personalidad de Navarra. El árbol señala una civilización moral, regional y tradicional que perpetúa el mantenimiento de la lengua vasca, ya desaparecida de las llanuras más cos-

17. Francisco GASCUE, *Materiales para el estudio de del folklore músico vasco*, Imprenta de Martín, Mena y Compañía, San Sebastián, 1920, pp. I-XIX. Prólogo fechado en Donosti (sic), a 27 de noviembre de 1920, Villa Emilia-enea, Ategorrieta.

18. Francisco GASCUE, *Materiales para el estudio del folklore músico vasco*, prólogo, p. IX.

19. Otras aportaciones de GASCUE son «Origen de la música popular vascongada», *RIEV*, tomo VII, 1913, pp. 67-98, 193-260, 498-558 y el esbozo «Materiales para el estudio del folklore músico vasco», *RIEV*, IX, 1918, pp. 42-65 donde aparece ya constatada la relación de las melodías populares vascas con las gamas célticas.

20. Francisco GASCUE, *Materiales para el estudio del folklore músico vasco*, pp. X y XVIII-XIX respectivamente.

mopolitas. El medio físico es el configurador de la psicología colectiva -continuando las tesis del profesor galo Jules Michelet y del pensador de la “Escuela de Annales” Lucier Febvre- que se entrevé en la propia devaluación del paisaje navarro:

Pedro Fermín aguzó la vista, se frotó los ojos como para mejor empaparlos de luz, exprimió el contenido de los antiguos recuerdos borrosos...

Dudaba de su visión, dudaba de su memoria, dudaba de la realidad de sus sensaciones

...veía peñas calvas, cauces secos de arroyos, grupos de flacos chopos torcidos por el noroeste: un campo triste, sin verdor, sin pájaros; un horizonte mustio, de terrosas colinas amarillentas...”Dónde están mis hayales? - exclamó, - dónde mis robles? dónde mis fragantes prados? quien secó mis arroyos? qué red cazó a mis tordos, a mis gayos, a mis oropéndolas? Acaso equivoqué el camino y me desvié hacia el país de los kokos?”.

Se restregó varias veces los párpados y recorrió delante de sí el espacio con la vista. Mil pormenores le certificaron el acierto del derrotero seguido. Recordó las dos guerras civiles que mediaban entre la emigración y el retorno. A ellas achacó la causa mayor de la mudanza. “Habrán talado los bosques por pagar las deudas, y con los árboles a una desaparecieron agua, pájaros y prados.” En nombre de su íntima tradición baska maldijo a las guerras tradicionalistas extranjeras²¹.

No es un tema nuevo. La realidad es que estamos ante un principio formulado por los primeros euskaros. En un artículo del órgano fuerista «Lau-Buru», titulado «Protección del arbolado», cuyo anonimato no puede ocultarnos que la redacción procede de la factura de Campián, se escribe: «La desaparición del arbolado de un país es una verdadera revolución social».

Una transformación socio-económica que reconvierte al baserritarra, libre en sus destinos, en un jornalero subyugado a un régimen autocrático. La propiedad de la tierra incita a la desaparición del caserío, eje de un depósito tradicional, de una conciencia autóctona, de una vida familiar y religiosa. La erradicación del mundo de la foresta y la montaña, de su civilización ancestral, supone que se muden los hábitos alimenticios, se modifiquen las oscilaciones climáticas, las tendencias comunitarias de esa cultura individual de la borda. Puede y debe adoptar la Diputación Foral, suscribe el anónimo redactor, una actitud tendente a perpetuar y proteger el medio físico, fomentando la repoblación forestal²². La cultura del bosque es la única, parece querer decirnos el autor a través de los labios de Pedro Fermín, que permite la perpetuación de los rasgos morales y la supervivencia definitiva de Vasconia. Aquí conecta Campián con otro colega jeltzale, Eleizalde, pensador de una importancia idéntica a la de «Kizkitza» en el seno de la Compañía Nacionalista Vasca:

El paisaje mismo de nuestro País difiere de las comarcas erdéricas a las euzkeldu-nes; dirfase al retirarse el idioma propio, sin destruir enteramente la fisonomía especial de la tierra vasca, la ha dejado una belleza melancólica y mortecina, como un irredentismo de paisaje.

21. *El último tamborilero de Erraondo*, pp. 151-152. Con la denominación «Kokos» se calificaba a los valles vecinos en lengua vasca en gran parte de la Navarra pirenaica y zona media, especialmente en las merindades de Pamplona y Sangüesa.

22. «Protección del arbolado», en «Lau-Buru» del sábado 17 de febrero de 1883, Año II, Número 329, p. 1.

Y enlazando con el testimonio de los observadores europeos de las carlistas, establece una conexión entre la suavidad de costumbres identificadora de la identidad vasca, tan anotada por los cronistas de la primera guerra carlista, con la singularidad de la lengua vernácula, en similar actitud con anteriores reflexiones de Iturralde y Suit. Anota el teórico vergarés:

Un hecho de constante observación en nuestro País es que ni la blasfemia letrina ni la insufrible y hedionda obscenidad del lenguaje conviven con el uso exclusivo del idioma vasco. Asimismo, las estadísticas de la criminalidad siguen hablando muy en favor de las comarcas exclusivamente euzkeldunes de nuestro País²³.

Al retornar a tierras americanas el moralmente decaído pastor se detiene ante un roble solitario que resiste a la desolación y sequedad. Una despedida que simboliza antropomórficamente los valores vascos legados por la naturaleza. Su extirpación conduce al óbito final del hombre vasco. El anciano «artzai» se dirige con cariño y tristeza a ese roble o «aritz» que parece querer perpetuar las sendas de autenticidad de la verdadera Navarra:

Eres como yo -dice: un testigo de las cosas que fueron; la sequedad y el polvo te rodean, como a mí. Pronto morirás, como yo moriré pronto, y entonces vi aun el recuerdo del bien perdido sobrenadará en la memoria de otros dos viejos. Oh miseria sobre todas las miserias: ni aun el recuerdo!²⁴.

Ese renuevo del roble entre las ramas caducadas que lo doblegan es toda una metáfora del impulso que guió a los individuos de la «Asociación Euskara» hasta su postrera desaparición.

V. LA ABSTRACCIÓN DEL MEDIO GEOGRÁFICO

Esta idea puede parecer un contrasentido cuando tanto hemos insistido en la importancia del medio físico. Pero, la realidad geográfica ¿No se puede dar fuera del marco conceptual de Vasconia? Ante la difuminación de la cultura y el medio natural vasco, se percibe en Campión la búsqueda de otras posibilidades alternativas para la vida de su pueblo.

Creemos observar cierta analogía con la teoría sabiniana asentada sobre la abstracción del territorio en la fundamentación de la nacionalidad. La raza y la lengua son para Sabino Arana los valores determinantes de los vascos, que pueden desarrollarse en cualquier medio físico. Merece la pena detenerse en la descripción que realiza Campión sobre la vida de los vascos en América, en la estancia donde trabajaba Pedro Fermín.

Baskos de ambas vertientes del Pirineo poblaban la estancia. Nacidos en bordas y caseríos montañoses, inhábiles para ganarse el pan en las ciudades, la necesidad y los instintos inconscientes de su propio natural, de consuno les arrastraban al campo, y allí reanudaban los inveterados hábitos, rindiendo gustosamente parias al nativo individualismo.

Fijémonos en la valoración que le merece al autor la vida vasca en las colonias iberoamericanas:

Y era todo basko también; las costumbres, los juegos, las diversiones, el idioma: hasta los loros de los bosques circunvecinos hablaban baskuenze! Diminuta Euskal-

23. Luis de ELEIZALDE, *La lucha por el idioma propio*, Bilbaína de Artes Gráficas, Bilbao, 1919, p. 16.

24. *Op. cit.*, p. 156.

Erría íntegramente baska, cuyos mojones no traspasaban las horrendas pasiones de política extranjera, arrasadoras de la grande²⁵.

Imagen positiva coincidente con la conformada por el jesuita zuberotarra Lhande²⁶. Por su parte, Sabino Arana había sentenciado con su habitual vehemencia el carácter moral y espiritual de su proyecto político, concretado en el neologismo “Euzkadi”, conjunto de la etnia vasca, denominación que aparece en 1897.

Si crees que la Patria es el suelo que se pisa, no sabes lo que es Patria. Pero si sabes que la Patria es la gran familia o sociedad en que vives, ten por cierto que debes amar a tu Patria antes que a las demás sociedades.

La integridad de la Patria bizkaina no consiste en la integridad de su territorio, sino en la integridad de su lema Jaun-goikua eta Lagi-zarra.

Una Bizkaya que supongas en estas montañas desprovista de alguno de los caracteres de ese lema, ya no es Bizkaya.

Por el contrario: una sola lengua cuadrada de cualquier parte del mundo, donde se establezcan algunas familias con ese lema, eso es Bizkaya²⁷.

La perspectiva puritana de Arana le conduce a pensar que Vasconia no se debe reducir a ese marco geopolítico situado entre el Ebro y el Adour, en pleno ángulo occidental de la Cordillera pirenaica, Euskal Herria, en ese concepto geocultural surgido en 1571. Sabino Arana cree que la unidad católica y étnica forjan los valores exclusivos.

Campión nunca pensó en la posibilidad de establecer una nueva sociedad vasca fuera de los clásicos límites geopolíticos de Vasconia. El clima, la orografía, la tradición y la propia psicología que origina son valores determinantes de la mentalidad vasca. Únicamente la supravaloración de la raza podía conducir en Arana a aceptar como válida esa nueva Israel del pueblo vasco. En Campión no. Pero que se lo plantee en un momento de angustia ante la erradicación de los valores más vernáculos, nos ofrece una muestra palpable de la desesperación de la intelectualidad vasca. Que Pedro Fermín regrese a la colonia vasca en las Pampas Argentinas porque en Erraondo ya no es posible vivir y pensar en vasco a pesar del cariño de sus gentes, toscas pero caritativas, cristaliza una lectura pesimista por parte del polígrafo navarro sobre las posibilidades de la cultura autóctona.

La desaparición de la lengua propicia la erradicación de diferentes valores culturales navarros. Al retornar a América Pedro Fermín, considera Campión que en su txistu y tamboril se lleva condensada toda la esencia de Erraondo y su adyacente comarca.

Quizás se hagan realidad las palabras de Reclús. Inmersos en la civilización occidental, los valores del pueblo vasco están condenados a esfumarse. Ahora se puede intuir la vieja máxima campioniana registrada en su gramá-

25. *Ibid.*, p. 147.

26. Pierre LHANDÉ HEGUY, *La Emigración Vasca*, Auñamendi, San Sebastián, 1971, II volúmenes. Para comprobar la vida de los vascos en las colonias latinoamericanas y observar las analogías con el descrito por Campión, ver el vol. II, pp. 27-29 especialmente. Sobre el éxodo rural existe la destacada monografía de William A. DOUGLASS, *Echalar y Murelaga: Oportunidad y éxodo rural en dos aldeas vascas*, Auñamendi, San Sebastián, 1977, II volúmenes.

27. «Areitz Or(r)belak», Bizkaitarra, 16 de junio de 1895, *Obras Completas de Sabino Arana Goiri*, tomo I, pp. 614-615, Sendoa Argitaldaria, Donostia, 1980.

tica de 1884. «Cada palabra euskara que se pierde, se lleva un pedazo del alma nacional»²⁸.

Por su parte, el Padre Villasante confiere un especial valor a esta obra de Campión²⁹. Percibe en el investigador pamplonés la presencia de un ideal profundamente sentido y amado, que es el que da unidad y carácter a todas sus obras y a toda su vida. Y esa referencia ideal se asienta en la esencia vasca de la personalidad navarra, expresada en las acertadas palabras del vasquista franciscano:

Lo vasco es para él el alma y la substancia de Navarra, y en la medida que Navarra va perdiendo su conciencia y su ser vasco, se va vaciando de su alma y de su tuétano vital³⁰.

Literatura de combate, militante, de contenido conceptual y filosófico amplio. No hemos encontrado creación literaria tan angustiada por los destinos de la singularidad navarra.

VI. COLOFÓN

Compendiadamente, podemos decir que en la filosofía del pensador navarro, la desaparición de la lengua determina la erradicación de diferentes valores culturales navarros. Al retornar a América Pedro Fermín, Campión considera que en su txistu y tamboril se lleva condensada toda la esencia de Erraondo y su adyacente comarca. Recientemente, en 1992, se postulaba todavía la posibilidad de establecer colonias de «nekazaris» y explotaciones agrícolas en tierras americanas, pues sería el medio de garantizar la continuidad de la raza (sic), exhortando para ello a las administraciones de las comunidades autónomas vasco-navarras a adoptar dichas medidas³¹. Aspectos étnico y lingüístico que han modelado significativos vínculos de unión entre la emigración vasca, en sus establecimientos y centros de fraternización³², pero que no pueden relegar la impronta psicológica y afectiva que el medio físico ejerce sobre las civilizaciones y los hábitos culturales.

28. *Gramática de los cuatro dialectos de la lengua euskara*, Cada Editorial Eusebio López, Tolosa, 1884, p. 14.

29. Luis VILLASANTE, *Historia de la Literatura Vasca*, Sendoa, Bilbao, 1961, pp. 348-349.

30. Luis VILLASANTE, *op. cit.*, p. 348.

31. «América podría perpetuar al pueblo y al idioma vascos», por Juan C. SAINT-LARY, *Boletín del Instituto Americano de Estudios Vascos*, Buenos Aires, Año XLIII, Vol. 2, Número 169, Abril-Junio 1992, pp. 82-83.

32. Así lo han señalado William A. DOUGLASS/Jon BILBAO, *Amerikanuak. Basques in the new world*, University of Nevada Press, Reno, 1975; *Amerikanuak, Los Vascos en el Nuevo Mundo*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1986. Ver también Beltrán PARÍS, *Basque Sheepman of the American West*, University of Nevada Press, Reno, 1979, introduction by William A. Douglass, pp. IX-XV.